

Aristóteles, amarrado a un tipo de realidad, más que a construir una teoría filosófica sobre el orden político, se dedica a dar razón de lo que constituye su escenario desde un punto de visión menos alto.

En lo que se refiere al fin de la ciudad, no trata de que se realicen en ella valores de orden filosófico, sino de que se haga posible la felicidad de los hombres. En esto se halla más cerca que Platón de las aspiraciones de los hombres modernos.

Sostiene el doctor Tovar que "hay en Aristóteles un supremo símbolo de la incapacidad política griega al acentuar el "humanismo" frente al "estatismo" (página 80). La creencia griega de que el fin fundamental de la ciudad es la perfección individual y el desconocimiento de las grandes acciones históricas que ha de acometer han sido la causa de la aversión aristotélica a los complejos de organización política. Sin embargo, esa gran organización era necesaria entonces y su no existencia testimonió el fracaso de las formas antiguas y la imposición de las formas nuevas.

El profesor Tovar se muestra más inclinado a Platón que a Aristóteles. Reconoce con insistencia la genialidad de éste, pero cree que le falta visión de la realidad que es faltarle visión política. Estima que Platón es más abierto, más soñador, más ambicioso: en una palabra, más dotado para una obra política. Si no la hizo, estaba en mejores condiciones para teorizar sobre ella. Considera superior en este

orden la intuición totalizadora de Platón que la lógica analista de Aristóteles.

El autor de este trabajo termina con unos interrogantes nacidos a la vista de los fenómenos griegos y que presenta ante la conciencia de los hombres de hoy. Se expresa en ellos el temor de que sea esencial a la teoría política nacer ignorando y hasta oponiéndose al quehacer histórico. Pensemos si no se habrá ido construyendo la ciencia política como algo formal y desconectado de las realidades vitales. Aquí resalta el valor aleccionador de lo político en Grecia, que Antonio Tovar nos ha acercado y ofrecido como estudio y como hombre que vive su tiempo.

L. O. H.

ROBERT A. NISBET: "The Quest for Community". A Study in the Ethics of Order and Freedom. New-York. Oxford University Press. 1953. 300 páginas.— "The Quest for Community" es un ensayo metódico de un maestro anclado en la especialidad de las Ciencias Políticas y Sociales, pero con la proa de su investigación abierta a todos los vientos de la cultura. Ahí la dificultad para el resumen. Leído el libro tengo que decidir mis preferencias por el partido de las "sumas" orgánicas, aunque explicadas en este mejor estilo sugerente del ensayo.

Nisbet había publicado ya algunas secciones de este libro en las revistas americanas "The Journal of Politics" y "The American Journal of Sociology". Al-

gún capítulo lo había sido ya también de sus "Studies in Leadership". El dato traía signo peyorativo de desconfianza.

Sin embargo, el nuevo libro tiene esqueleto armónico en sus doce capítulos. El del organismo maltrecho de la comunidad, sofocada por unos cuantos "ismos", enanos o monstruos: Individualismo, Liberalismo y Absolutismo estatal. La pérdida de la comunidad es el mal que los humanos padecemos, y el fundamento de esta pérdida le coloca Nisbet en el triunfo del secularismo, que inaugura la era del desorden. Aunque repudia la secularización de la cultura como uno de los factores clave que intervinieron en el derrumbamiento del andamiaje donde la Comunidad tenía su asiento, él es secularista. La Literatura, la Historia, la Filosofía, la Religión sobre todo, le presta apoyo para escribir alguna de sus mejores páginas. Siquiera sea en las doctrinas de la Teología protestante donde exclusivamente hinca el estilete de su análisis.

Porque su obra es, antes que nada, análisis. Análisis de teorías y sistemas, de autores políticos y hombres revolucionarios que han hecho posible el cisma individuo-sociedad en el mundo moderno, atenazado en el recinto estrecho y vigilado del Poder Político totalitario, que acabó con los lazos de grupos y asociaciones tradicionales que eran garantía de un orden social.

El punto de arranque hay que ponerle en el secularismo; más puntualizado en la creación rena-

centista del mito Hombre-Razón, cuyas deficiencias originaron el mito Hombre-Naturaleza y ambos el mito Hombre-Masa.

El final, con todo, no le conocemos ni optimistas ni agoreros. Pero las etapas intermedias pueden aclararnos las proporciones que alcanzará la catástrofe definitiva.

La disolución social, el desorden, es un hecho; y ante ella, una voz más de lamento no pasaría de ser un escape retórico más también. Por eso Nisbet se limita a exponer y a diagnosticar a la vista del catálogo de estigmas que le proporciona la Literatura, venga dada en versos, en consideraciones históricas o en juicios filosóficos: Proust, Mann, Toynebee, Kafka...

Tiene para el individualismo racionalista los más duros reproches y se lamenta de que la ironía de las ironías consista en la imposibilidad de escapar a la melancólica conclusión: La creencia del hombre en sí mismo le ha hecho más débil en la época en que el control del círculo de sus posibilidades naturales le prometía endiosamientos. De ahí el acento jeremiaco universal de las letras de hoy. Es una situación de angustia que polariza con la de optimismo frenético de los resabios racionalistas de hasta hace unos cincuenta años.

La queja es por completo diferente del de otras coyunturas históricas comprometidas, porque ahora no se ve una salvación clara en nada y la situación se estima más decreto divino que catástrofe casual.

El triunfo histórico del secularismo ha presentado al hombre un bagaje de problemas que turban el pensamiento moderno.

Aparte la influencia del Poder del Estado sobre la sociedad la tendencia más acusada es la que lleva la impronta del individualismo. Es la nuestra la época más individualista de todas las de la historia de Europa. Y es que la desorganización de la sociedad obliga a que sea el individuo quien se busque por sí mismo la tabla salvadora en el naufragio. Pero lo ha hecho desorbitando su misma confianza en él.

A fuerza de ser individualista ha dejado perder sus mismas condiciones humanas (Berdiaeff) y ha entrado en la amorfia del gregarismo, para quedar en hombre-proletariado (Toynbee) o en hombre-masa (Ortega) con el mínimo *abstractum* de persona.

En lo religioso la desintegración de la comunidad es aun más trágica por la pérdida de la visibilidad del cuerpo místico, revelada en la esfera protestante, en la que la jerarquía, postulado del orden, no tiene relevancia. De ella deriva curiosas observaciones recogidas en Durkheim: El suicidio, dice, varía inversamente con el grado de integración de la sociedad. Por eso entre los protestantes, los ciudadanos de la urbe, los trabajadores industriales y los solteros, se dan más suicidas que entre los católicos, los trabajadores rurales y los casados, ya que el nivel de desintegración social es mayor entre aquellos grupos y la debilidad de los lazos de asociación

lleva al suicidio, que es la ruptura definitiva con la Comunidad perpetrada voluntariamente contra derecho.

La reacción contra el individualismo la sitúa Nisbet en la búsqueda de la imagen de la Comunidad perdida, cuyas reminiscencias brotan en ciertos tipos de asociación gremial y sobre todo en el movimiento comunista masivo y totalitario. Es la organización lógica montada para salvar al individuo en la sociedad. Pero en una sociedad sin personas.

Pero el comunismo moderno es bien diferente del comunismo medieval, según el cual todos los que están incluidos en una comunidad están en relación con la misma como las partes con el todo. Los grupos, asociaciones y gremios eran en él como aspectos del Estado. En cambio, el Poder central, que nació con el triunfo del secularismo constituyendo el movimiento más revolucionario de la Historia, alcanza en el comunismo el punto más alto de su desarrollo natural. Es un sistema surgido para amparar al individuo contra todo género de inseguridad. El sistema tiene un nombre común y una vida de pocos siglos. Es el Estado político.

Básicamente es un sistema de autoridad que tiene lugar en cualquier género de asociación. Pero es, dicho con sencillez, la muerte de la sociedad. El Estado es, sobre todo, poder. La definición de Hobbes "el pueblo como unidad, regulando sobre el pueblo como multitud", sería dema-

siado sutil si no fuese tan retórica. Bodino, Hobbes, Rousseau, son los paladines del Estado Político. Nisbet da en su libro amplio margen al estudio de sus teorías sobre la Soberanía y el Estado. Sin intención deliberada son los teóricos del totalitarismo que padecemos, fundado en la existencia de la masa y en la ideología de la comunidad política en su forma menos lógica y más desorbitada. Porque el totalitarismo es la aniquilación del individuo, aunque los intentos inmediatos de aniquilación los dirijan sus teóricos, contra los lazos que estrechan las relaciones sociales, constituyéndose en barrera para la implantación de la comunidad política absoluta. Bajo el slogan de que "el individuo sólo es impotencia", los políticos teóricos, del Renacimiento acá, han trabajado por el establecimiento de la omncompetencia del Estado absoluto, acabando con las asociaciones gremiales intermedias. Esto es colaborar al verdadero horror del totalitarismo, que es la comunidad política absoluta centralizada y omncompetente, fundada sobre el determinismo de las masas atomizadas, que lleva a la muerte de la comunidad social y la cultura.

Con la absorción del individuo por la masa, que hace posible la comunidad política totalitaria, surge el cisma entre comunidad y libertad. ¿Cómo salvarla en el totalitarismo? ¿Cómo librar al hombre de la tiranía del Estado? Hay colisión de derechos del Estado y de la persona. Con Hegel dice que la gran tragedia de la

existencia no es el conflicto entre el bien y el mal, sino entre derechos y derechos. Derechos de la sociedad y derechos de los individuos. La crisis de duda entre libertad y organización social sería fácil de resolver si hubiese dos campos de fuerzas opuestas de manifiesto mal y de bien manifiesto, su contrario.

La soberanía individual y moral del pueblo fué coreada por el liberalismo. Pero los postulados se estiraron más allá de su legítima elasticidad y se desorbitaron en un totalitarismo monstruoso, "Leviathan". La libertad apoyada en la voluntad general, en una identificación colectiva, es la raíz del punto de vista totalitario de libertad y de orden. Pero la libertad que no se centra sobre el primado de la Ética es ingenua o malévola, la libertad tiene que ser indudablemente libertad de personas. Por eso el concepto de libertad y de orden en el Estado totalitario es erróneo y peligroso, porque no salva a la persona.

La libertad y las relaciones personales se vinculan ciertamente en un contexto social. Los individuos que no se agrupan son monstruos. Pero Nisbet aboga por un corporativismo de cariz medieval que salva al individuo y da margen a la integración de la comunidad en grupos que la defiendan contra un totalitarismo déspota. La panacea y fuga de los extremos pudiera ser, es para Nisbet, la Democracia entendida fundamentalmente como la teoría y estructura del Poder Político. La libertad del indi-

viduo y de la sociedad democráticamente organizada tiene como único fundamento la división de poderes. Concluye con la palabra autorizada de lord Ancton: "La salvaguardia de un poder, es un poder rival."

P. L. A. G.

GUNNAR MYRDAL: "*The political element in the development of economic theory*". *Harvard University Press. Cambridge. 1954. 241 páginas.*—El nombre y la obra de Gunnar Myrdal son de sobra conocidos y de ésta se recuerda con especial importancia el trabajo, que bajo el título "An American Dilemma" estudiaba el problema de las relaciones raciales en el mundo del trabajo americano.

La razón de este libro que actualmente nos ocupa fué, según él mismo nos dice en el prefacio, la disputa que ocupó a los economistas suecos en la segunda década del corriente siglo. Con este pretexto se propuso, y evidentemente lo consigue, Myrdal, la agrupación de sus propias opiniones en materia económica, conformándolas como un todo orgánico y de sustantividad propia, siendo este el real mérito y el verdadero valor del libro.

"El verdadero objeto de la ciencia económica es observar y describir la realidad social y analizar y explicar las relaciones causales entre los hechos económicos". (Pág. 1).

En este capítulo primero se plantea el problema de más difícil solución en el campo de la pura teoría económica: El de las

relaciones entre la política y la economía política.

¿La política es un supuesto del cual se derivan todas las soluciones de tipo económico que se pretendan aplicar en el mundo real? Es decir, ¿Las soluciones que se aporten por parte de la teoría económica son función de la situación de hecho que la política representa?

Por otra parte, se presenta el hecho de que, a su vez, la realidad política puede estar, y de hecho en muchos países ya está determinada, por el espíritu que informa la política económica que en ellos se sigue.

Desde luego, quede bien sentido que lo que la política económica pretende, o debe pretender, es estudiar y dictaminar sobre lo que es y no sobre lo que debe ser. Esto explica muchos de los errores que hasta el presente se han desarrollado en la teoría económica y en la política económica.

Se ha pretendido por la teoría clásica que el criterio de valoración de una solución económica fuera la de su veracidad o la de su iuricidad; en algunos casos se ha pretendido que el criterio fuera respecto de su licitud o moralidad. No obstante hemos de darnos cuenta de que este criterio de valoración debe estar en función de la finalidad que desea llenar la disciplina de que se trate.

Pretender que la ética, cuya finalidad es el dirigir la conducta humana al logro del Bien Moral, respondiera a criterios de valoración utilitaristas, sería so-